

Michel de Montaigne: Invitación a la Amistad.

Michel de Montaigne: An Invitation to Friendship

Mag. Juan David Díaz Paniagua
Universidad de Antioquia

RESUMEN

Michel de Montaigne es un filósofo de la amistad. La escritura de sus *Ensayos* concibe, como una de sus principales finalidades, el estudio de la propia *essence*, el cual trata de alcanzar el conocimiento que su gran amigo fallecido Étienne de La Boetie había tenido de su propia figura. De allí que su ensayarse adquiera un tono conversacional, íntimo, atrayente, que nos permite definir la escritura de *Los Ensayos* como una escritura de la amistad. En el presente texto se dejan ver esos “amigos de Montaigne” tanto quiénes han trabado amistad con el autor tras su lectura cercana, como aquellos Antiguos que se vinculan a la tradición filosófica del pensar la amistad y que influyen en su definición de la misma, entendida como la más perfecta de las relaciones. Encontramos en su ejercicio una escritura filosófica, además de vivencial, que encuentra la amistad como un vínculo libre, voluntario, semejante, unívoco, y que nos lleva a entender una relación suprema, un encuentro con el afecto no entendido como parentesco, posesión, necesidad, o utilidad.

PALABRAS CLAVE: Montaigne, amistad, ensayos, filosofía, La Boetie

ABSTRACT

Michel de Montaigne is a philosopher of friendship. The writing of his *Essays* conceives, as one of its main purposes, the study of his own *essence*—an attempt to reach the understanding of himself that his late friend Étienne de La Boétie had once possessed. Hence, his act of essaying acquires a conversational, intimate, and engaging tone, allowing us to define the writing of the *Essays* as a writing of friendship. In this text, we encounter Montaigne’s “friends”: both those who have established a bond with the author through close reading, and those Ancients who, belonging to the philosophical tradition of reflecting on friendship, influenced his conception of it as the most perfect of relationships. His exercise reveals a philosophical and experiential form of writing that conceives friendship as a free, voluntary, equal, and univocal bond—one that leads us to understand a supreme relationship, an encounter with affection not rooted in kinship, possession, need, or utility.

KEYWORDS: Montaigne, friendship, essays, philosophy, La Boétie

Los amigos de Montaigne

Michel de Montaigne es, entre todos los filósofos, un pensador que propone una escritura humana, en tanto encuentra en su descripción propia a través de los Ensayos, una posibilidad de retratarse desde sus virtudes, juicios, pero también desde sus limitaciones, tanto físicas como mentales, y de allí que cuando leamos a Montaigne tengamos una experiencia inicial de cercanía, de intimidad, es una experiencia que hace de un autor de otras latitudes u otros tiempos, un compañero cercano, y mucho más que eso un amigo, en tanto que Montaigne nos habla de asuntos que nos implican, pero no como una materia ajena e independiente de aquel que escribe, sino como un asunto que encarna y vive el propio Montaigne.

De allí que, en Montaigne, la amistad inicie por la invitación a su escritura a ensayarse. La amistad deviene escritura en la medida en que el ensayo la figura y la encarna. Si bien entendemos que el ensayo se relaciona y se emparenta con el género epistolar -como las cartas que escribe Séneca (1986) a Lucilio- y también con el género biográfico -porque hay referencias en su escritura que remiten a la vida de Montaigne- en el ensayo de Montaigne no hay una puesta en escena que implique una exhortación del escritor al lector, ya que Montaigne no pretende relegar con su escritura una regla de vida para otros (Sponville, 2009) sino tan solo mostrar aquella forma que ha portado su propia condición, y lo hace desde su vida, no bajo un relato que busca producir relaciones retrospectivas (Picazo, 1993) sino entendiéndose como parte de lo que discurre, comprendiéndose en medio de esa imbricación y yuxtaposición de la vida, los pensamientos, las razones y sinrazones, a la manera de una conversación, o como lo diría Jaime Alberto Vélez (2013) a la manera de un dis-curso, que corre como el río de Heráclito y que va fluctuando, del mismo modo como el yo va también transformándose.

No es entonces gratuito el epígrafe que Montaigne emplea en sus ensayos: “Viresque acquirit eundo” (Cobra fuerza a medida que avanza), porque lo que nos dice allí es que el ensayo es el camino más propicio de registrar el propio yo, que no puede ser de plano atrapado bajo una definición, y que, por tanto, se sigue registrando una y otra vez en ese ensayarse que es la vida misma. Cuando nos acercamos a este registro, nos damos cuenta de esa variabilidad que el mismo Montaigne devela en su ensayo sobre la Ociosidad (Montaigne, 1985, l. 8, p. 68)¹ y que Alfonso Reyes (1955) tan atinadamente designa como “ese centauro de los géneros, donde hay de todo y cabe todo” (p.400).

En esa diversidad que aporta el ensayo, en su variabilidad e intimidad ya hay, desde la escritura, una invitación a la amistad. Tenemos algunos lectores de Montaigne que han encontrado ese mismo encanto, esa cercanía y confianza a la que me refiero. El escritor Stefan Zweig (2008) encabeza esa cercanía, y nos manifiesta, en su biografía sobre Montaigne, que el filósofo le fue compañero durante su exilio en Brasil,

¹ A partir de este momento para citar a Montaigne empleo la nomenclatura que denota el año de la edición consultada de los ensayos, seguida del libro en número romano, luego del capítulo en número arábigo y de la o las páginas citadas. En este caso hablamos del libro I, capítulo 8, p. 68.

enseñándole el arte y la ciencia de pertenecer a sí mismo. De allí que Montaigne le fuera propicio, en un momento donde las ideologías habían colmado por completo a Europa y donde la guerra y el exilio le habían conducido a abandonar sus tradiciones y raíces:

No tengo conmigo un libro, una literatura, una filosofía, sino a un hombre del que soy hermano, un hombre que me aconseja, que me consuela y traba amistad conmigo, un hombre al que comprendo y me comprende. Si tomo los Ensayos, el papel impreso desaparece en la penumbra de la habitación. Alguien respira, alguien vive conmigo, un extraño ha entrado en mi casa y ya no es mi extraño, sino a alguien a quien siento como amigo (Zweig, 2008, p. 13)

Zweig encuentra a Montaigne bajo una escritura que encarna a su propio escritor y que, al hacerlo, no solo cobra vida su escritura, sino también Montaigne que se ensaya. No encarna en esa intimidad, bajo la figura del filósofo que dirige su mirada desde lo alto, a la manera de Caspar David Friedrich del *Caminante sobre el mar de nubes*, sino que aparece el amigo-filósofo, que nos lleva a amar la filosofía, no como una hazaña heroica de grandes pensadores, sino como el encuentro con lo humano, en clave de Weinberg (2014):

... el ensayo se ha convertido, en la pluma de Montaigne, en un espacio de encuentro entre el escritor, el mundo y el lector, un ámbito de la conversación en lengua vernácula y de amistad intelectual, de reflexión abierta, de reconocimiento del otro y en el otro, y como tal en un mirador privilegiado para pensar la condición humana. (p. 64)

Es también en este sentido que André Compte Sponville (2009) dedica su palabra al autor francés en su libro *Montaigne y la filosofía*. lo expone, curiosamente, ante la Sociedad de Amigos de Montaigne. Y es que quiénes se han dedicado al estudio diletante y curioso de la obra de Montaigne no se han hecho llamar académicos, pírrónicos, o Montaigneanos, sino que más bien se han identificado como sus amigos, porque eso es justamente lo que se produce al leer a Montaigne, amistad:

Montaigne es un maestro, tan grande como los más grandes y más accesible que la mayoría de ellos. ¿Quién no se siente más cerca de Montaigne que de Sócrates o Epicuro? ¿O quién no siente a Montaigne más próximo, más mucho más próximo, mucho más fraternal, si, conmovedor por su fraternal proximidad, más íntima que cualquier otro, más esclarecedor, más útil, más verdadero? (Sponville, 2009, p. 21)

Lo que encuentra Sponville es que la cercanía que propicia Montaigne y su escritura, que nos conduce a su amistad, es la que termina por relegar la escritura de los ensayos por fuera del canon del pensamiento filosófico, acogido, con razón y valor, en la literatura y narrativa. El mismo Montaigne no quiso acercarse y tomar la determinación de filósofo para sí mismo, porque encontró en la filosofía una posibilidad de su pensamiento, pero en los filósofos descubrió, en muchos casos, rigidez, dogmatismo, imposición. Sponville coincide con Ann Hartle (2003) al decir que Montaigne es un filósofo, no porque su objetivo sea llegar a planteamientos filosóficos encumbrados y universales, sino de un modo accidental. Porque Montaigne buscándose a sí mismo se

topa con la condición humana. Se alinea con esa declaración que una vez profirió Borges (1974) Que lo que sucede a un ser humano, les sucede a todos.

Por tanto, el filósofo y amigo Montaigne (por decir con dos palabras una misma cosa) se opone a una filosofía que tiene por fundamento esa razón de dogmáticos, y también de los pedantes, que se ocupan y desgastan toda su vida en “buscar la medida de los versos de Plauto” (Montaigne, 1985, l. 34, p. 305) o en discutir, “si el futuro del verbo ballw tiende doble l” (Montaigne, 1985, l. 26, p. 215) sino que busca la filosofía en la medida en que nos acerca a nuestra condición humana, que la portamos en nuestra existencia, y que más que alejarnos del mundo natural y animal nos acerca a él, nos recuerda que allí nos movemos y somos.

Y en este punto, en esta sinceridad, Allain de Botton (2013) también encuentra a Montaigne como un amigo, porque su decir veraz, el hablar con Parresia, nos lleva a encontrar que los seres humanos caemos en el ridículo cuando nos avergonzamos por nuestro propio cuerpo, cuando nos alteramos por un juicio de otros sobre nosotros, o cuando creemos que alguien es mucho más inteligente por la cantidad de títulos que ostenta.

Respectivamente, Allain de Botton nos habla de un Montaigne que desenmascara la ineptitud que sentimos con respecto a nuestro cuerpo, con nuestra sexualidad; que se opone a la ineptitud por sentirnos juzgados, o por nuestro nivel educativo; que, en tanto amigo, nos devuelve un valor, rescata para nosotras y nosotros la sabiduría.

Pero Montaigne no se cansa de insistir en que en la vida de cada persona podemos descubrir ideas interesantes. Por modesta que sea nuestra biografía, podemos extraer ideas más significativas de nosotros mismos que de todos los libros de la Antigüedad. (De Botton, 2013, p.181)

Y es en este sentido que Montaigne se opone a la pedantería, a un tipo de educación donde los maestros ingieren cantidades y luego de ser regurgitada la depositan en los alumnos, sino que propone el viaje, la historia, como formas de habitar la diversidad y la humanidad en las dimensiones del espacio y el tiempo.

La conversación con los Antiguos

El ensayo de Montaigne sobre la amistad viene precedido por una vivencia, el encuentro con lo que él considera la amistad perfecta, con su amigo Étienne de la Boetie. Para el momento de la escritura de este ensayo su amigo ya había perdido la vida, por lo que una de las razones de su retiro es la búsqueda de una imagen propia, de un atisbo de conocimiento de sí que alcance tan siquiera un poco la manera en que su amigo le conocía a sí mismo. Esta razón, no solo tiene consecuencias para el tratamiento de la amistad, sino que es uno de los fundamentos de la escritura del ensayo. Montaigne se ensaya para retirarse a registrar sus últimos días y dejar una semblanza a parientes y cercanos, para reconocerse y dejar registro de sus quimeras, y para devolverse una imagen de su amigo. Estas tres motivaciones son una misma que se bifurca, por lo que, a través de la óptica de la amistad podremos observar también esas otras razones del ensayarse.

Previa a su disquisición sobre la amistad debemos decir que Montaigne parte de una discusión vinculada con los Antiguos, los cuales ya habían pensado el asunto de la amistad. En el ensayo de Montaigne se darán ideas afines al *Lisis* de Platón (1985) al pensar en la amistad una semejanza de almas, que es una tendencia que constituye la amistad. También vincula al Banquete de Platón (1988), desde una discusión con los tipos de relaciones, pero también con los tipos de amistad misma, que ya Aristóteles (1985) había ofrecido en sus planteamientos. Y es que la amistad, de acuerdo con la *Ética a Nicómaco* Libro VIII puede procurarse entre dos, de acuerdo a los fines que en ella se busquen, los cuales pueden ser: buscar el bien mutuo entre amigos, buscar la utilidad mutua, o buscar el placer.

Aunque en todas tres hay un afecto no secreto y recíproco, Aristóteles considera que las dos últimas formas de la amistad no son dirigidas a quien se considera amigo o amiga, sino a la utilidad o el placer que puede ser extraído de dicha amistad, por lo que considera la amistad virtuosa como aquella que surge de un deseo mutuo del bien. De allí que la amistad virtuosa sea escasa, difícil y suscitada en pocas ocasiones bajo un cultivo cuidadoso y prolongado. Una amistad de tal grado se parece a una sola alma que habita en dos cuerpos y genera una relación de sincronía y entendimiento.

Los estoicos también aportarían a este influjo en Montaigne de ideas sobre la amistad, especialmente en relación con lo que Pierre Hadot (2013) denomina el discurso interior, en la medida en que los amigos conservan una transparencia mutua, una donación y un deseo de exhortar y amonestar a los amigos, si ello se precisa, en cada uno de los asuntos que les incumben. En la amistad, el interior y el exterior son claros, porque no hay maldad entre ambos, y se cumple, como lo declara Marco Tulio Cicerón, (2002) que la amistad se produce desde quienes son semejantes en bondad y quiénes buscan, no la utilidad de la amistad, sino el afecto del amigo por sí mismo.

Es en este sentido que Cicerón encuentra la amistad como una relación que se produce de manera natural desde las afinidades de quienes se implican en ella, y por ello no la encuentra del lado de las relaciones que se suscitan bajo conveniencia material, ni tampoco como una relación deficitaria que busca mutuamente, o desde uno de los lados, suplir los deseos o requerimientos del otro, sino que aparece bajo la admiración de la bondad, bajo el contentamiento de esa semejanza con lo noble. Que ello no nos implique decir que la vulnerabilidad en la que puede caer uno de los amigos, hace parte de las dificultades que pueden presentarse en la amistad, y que allí Cicerón considera que los amigos sostienen en la medida en que saben amar el valor de la amistad, pero también advierte que la amistad debe cuidar lo que se pide uno del otro, para no llevar a la perdición ambas existencias.

También, el ensayo sobre la amistad está en conversación con las ideas de Plutarco (1992) y en este autor es importante mencionar su discurso sobre la adulación, escrito en sus *Moralia* y que nos remite, fundamentalmente, a la distinción entre el adulador y el amigo. A decir de Plutarco los reyes tienen consejeros, pero estos muchas veces solo dicen aquello que el rey desea escuchar, porque eso garantiza no poner en peligro su propia cabeza, y ello, en la amistad, cobra una búsqueda del interés propio. De allí que el adulador sea odiado por los dioses, puesto que no sigue la máxima ya descubierta en Delfos y replicada por Sócrates del γνῶθι σεαυτόν.

La adulación, dice Plutarco, en tanto alabanza inoportuna, produce un efecto de confianza en quien se deja adular, porque nutre su propio ego, y, por tanto, el adulator se camufla bajo el traje de la amistad, simulando los placeres y virtudes que ella produce. Sin embargo, como también lo comenta Foucault (2010) en su texto *El coraje de la verdad*, la amistad no puede sentarse sobre la base de la adulación, sino sobre eso que los griegos llamaron Parresia en la medida en que se expone el amigo al decir veraz aun cuando ello pueda implicar el final mismo de la amistad. Plutarco, exige por este motivo, un amigo que no deje contagiarse, como una enfermedad, de cualquier parecer, pues:

no necesito un amigo que se cambie y asienta conmigo (pues mi sombra hace mejor esas cosas), sino que diga la verdad conmigo y que me ayude a decidir (...) para ayudar a arreglar las cosas y para unirse en el amor a la belleza (Plutarco, 1992, pp. 212-213)

Epicuro también se vincula a esta consideración de Montaigne sobre la amistad en la medida en que considera los amigos como condición de posibilidad para la vida feliz, la ἡδονή, y especialmente para la sabiduría. En su máxima capital 27 Epicuro profiere que: “De cuantos bienes proporciona la sabiduría para la felicidad de toda una vida, el más importante es la amistad” (p. 72). Seguidamente, en su máxima 28, valora la amistad como el espacio relacional que propicia el bienestar mutuo, y la posibilidad de resistir frente a los embates y adversidades: “La convicción que nos asegura que ningún mal terrible es eterno o muy duradero, nos hace comprender también que, dentro de los límites de la vida, la seguridad se obtiene principalmente gracias a la amistad” (p. 72).

Es en este sentido que la amistad produce un vínculo que nace de la libertad de los amigos, desde una conexión con aquello que es conveniente y por tanto parte de la sabiduría, por lo que ella es la constatación sincera de mi propio yo en otro y de otro en mi propio ser. La amistad, así entendida, no se vincula a una clase, a una posición social, a un género, sino que se da desde la humanidad comprometida.

En ensayo sobre la amistad

El ensayo I,28 titulado De La Amistad, se circunscribe, pues, dentro de esa discusión de los clásicos a quiénes Montaigne considera sus más sinceros y diligentes amigos, pues los libros, a diferencia de otras personas, entregan un consejo y una conversación -así entendía Montaigne la lectura- desinteresada (Montaigne, 1987, II. 10). En esta marcha Montaigne parte de la figura de una pintura, al igual que como lo había hecho en su advertencia al lector, para declarar su escritura quimérica, zigzagueante y compararla con su amigo, quien a su parecer le supera en el arte de escribir, demostrándolo en su texto *La servidumbre voluntaria*. Montaigne evoca a su amigo y declara de entrada la perfección de su amistad: “como esta amistad no la encuentro, o no es tan fácil de encontrarla en tiempos pasados, ni presentes” escribe Montaigne (Montaigne, 2024, I. 28, p. 64).

Esa amistad surge a partir de un encuentro previo de Montaigne y La Boetie, cada uno como lector del otro, y luego si, un conocimiento personal y mutuo. Montaigne describe ese encuentro de una forma emotiva, sincera:

Hay más allá de mi entendimiento y de lo que pueda decir particularmente sobre ello, no sé qué fuerza inexplicable y fatal, mediadora en esta unión. Nos buscábamos antes de habernos visto y por los relatos que oíamos el uno del otro, que hacían más mella en nuestro afecto de la que razonablemente hacen los relatos, creo que por algún designio del cielo: nos vimos tan unidos, tan conocidos, tan comprometidos el uno con el otro, que desde entonces nadie nos fue tan próximo como el uno al otro (Montaigne, 1985, I. 28, p. 248).

A partir de allí es que Montaigne se pregunta por la amistad, en relación con esa vivencia tan íntima e intensa y parte del origen de la misma. La amistad es, como las demás relaciones humanas, una búsqueda del otro, alimentada por nuestra condición social, propia de nuestra naturaleza. Esa búsqueda parte de nuestra constitución gregaria, que ya Aristóteles había detallado en su *Política*. La amistad, en tanto un bien, es un tipo de relación que cotidianamente se busca -como se vería en la clasificación de los tipos de bienes en Platón (1988)- tanto por sí misma como por la utilidad que produce, pero que para Montaigne no está mediada por un interés ulterior, como lo expondrá al ponerla en la palestra de las relaciones, y distinguirla de la relación natural o familiar, “social, hospitalaria o venérea” (Montaigne, 1985, I. 28, p. 242).

La amistad, entonces, no es engendrada en medio de la relación filial, de padres a hijos, ya que en esta no se puede instalar la parresia de un modo bidireccional, sino que corresponde a los padres amonestar y exhortar a los hijos y no al contrario. La comunicación en la amistad no permite esta asimetría, así como tampoco la total sinceridad entre los amigos, pues los padres no pueden comunicar a sus hijos todos sus pensamientos, secretos y experiencias vividas.

Tampoco es engendrada en medio de la relación fraternal y hospitalaria, ya que, aunque usamos la palabra hermano, incluso para designar a un gran amigo, lo cierto es que la hermandad no produce necesariamente la amistad, ya que está sometida a disputas materiales. Es de esta manera como las llamadas relaciones naturales no pueden ser equiparadas con la amistad, porque de un u otro modo, la naturaleza implica obligación, más que elección:

“Además como los (tratados familiares) son amistades que la ley y la obligación natural nos ordenan, nuestra elección no influye para nada en ellas; nuestra libertad es nula y ésta a nada se aplica a más que a la afeción y a la amistad” (Montaigne, 2024, I. 28, p. 67).

¿y qué podemos decir del amor y los tratos sociales? El amor, aunque nace de la libre elección, es comparado por Montaigne como un fuego más intenso, una llamarada que, incandescente, resplandece y produce una intensidad inicial, pero luego languidece y se extingue con facilidad. La amistad, por su parte, es para Montaigne un calor constante, equilibrado, no febril “que nada tiene de violento y de punzante” (Montaigne, 2024, I. 28, p. 68), que no lo corta el tiempo y la ausencia, como si sucede con el amor, donde, como dice Borges, una ausencia puede ser algo fatal. El amor, por

tanto, se nutre más por “el deseo furioso de algo que huye de nosotros”. (Montaigne, 2024, I. 28, p. 68).

En el placer, en la unión de los cuerpos, tampoco hay una relación tan libre como la amistad, puesto que, en este, como ya lo declaraba Aristóteles, hay un fin ulterior perseguido, la unión de los cuerpos está sometida a la saciedad. La amistad, es una búsqueda que apunta más a una cercanía de las almas, de las afinidades del yo, encontrar la amistad es encontrar la simetría de seres, y, por tanto, encontrar una completud de la soledad: “La amistad (...) más se disfruta a medida que más se desea; no se alimenta ni crece sino a medida que se disfruta, como cosa espiritual que es y el alma adquiere en ella mayor finura aplicándola” (Montaigne, 2024, I. 28, p. 69).

Podría pensarse que en las relaciones griegas de la efebofilia, también el amante mucho mayor busca sembrar en el amado, una mirada que lo lleve a ver la belleza del espíritu sobre las del cuerpo, apreciando en su amante unas cualidades por encima de su vejez o fealdad corporal, y allí podría haber una cercanía espiritual, pero solo por un lado, puesto que en esta relación el amante sostiene la mirada sobre el cuerpo del amado y a falta de una asimetría espiritual se queda en el cuerpo, bajo una mirada distinta, más propia del orden de la superficie y nuevamente del placer.

De este modo, la amistad requiere de una libre elección y vinculación, pero también de una homogeneidad en las comprensiones de los amigos, que posibiliten un trato despojado, y, por tanto, que nos lleve a la más libre de las relaciones: “En la amistad de que yo hablo, las almas se enlazan y confunden una con la otra por modo tan íntimo, que se borra, y que no hay medio de reconocer la trama que las une” (Montaigne, 2024, I. 28, p. 73).

La pregunta que nos queda, es si Montaigne rechaza el amor, y si solo ve en su punto una relación de posesión y pertenencia frente a esta amistad perfecta que nos declara. Más que llegar a ese pensamiento, lo que nos dice en su ensayo es que un gran amor termina en la amistad, se asemeja a esta, por lo que la amistad es el lugar de la libertad en los vínculos humanos, y esa unión estrecha nos evoca el discurso de Aristófanes en el *Banquete*, al proferir el mito del andrógino para entender el amor como una búsqueda de esa parte de la cual fuimos separados. En Montaigne está ese encuentro con lo otro que es uno, más que pensado desde la unión de los cuerpos, desde la afinidad de las almas.

A partir de este momento Montaigne destaca una serie de características vivenciales de la amistad que nos llevan a pensar en su conveniencia. La amistad hace de los amigos uno solo, no porque anule la diferencia y divergencia entre ambos, sino porque ellos se entendieron desde la espontaneidad de su aparición. La contradicción es posible al igual que nosotros entramos en contradicción con nuestros propios pensamientos. La unión indistinguible de los amigos no se da en la anulación de uno sobre otro por la imposición, sino en la sincronía de las voces, es una polifonía relacional, una misma sintonía.

Por tanto, la amistad no es una ocasión del deber y la fuerza, sino del gusto y la consideración. De ahí que Montaigne entienda -de manera muy aguda- que cuando uno de los amigos se encuentra en apuros, es quien ayuda, el que ha salido

privilegiado, puesto que ante sí ha aparecido la oportunidad de hacer un bien a quien se estima en lo hondo:

Si en la amistad de que hablo el uno pudiera dar una cosa al otro, el que recibiera el beneficio sería el que obligará al compañero, pues buscando uno y otro, antes que todo, prestarse mutuos servicios, aquel que facilita la ocasión es quien practica mayor liberalidad, proporcionando a su amigo el contentamiento de realizar lo que más desea (Montaigne, 2024, l. 28, p. 78-79).

Y qué decir de la sinceridad y la confianza de los amigos, que llega hasta tal punto que son mutuamente dueños y conocedores de las inclinaciones del otro y que no se da como en esas formas comunes de llamar a un conocido como amigo, porque en esa amistad, si se hace preciso aplicar la máxima de Quilón: “Amadle, como si algún día tuvieras que aborrecerle; odiadle, como si algún día tuvieras que amarle”. (Montaigne, 2024, l. 28, p. 77).

Estas características destacadas de la amistad, son las que el mismo Montaigne encuentra con Étienne de La Boetie. Vemos cómo al final del ensayo sobre la amistad toma una intensidad producida por un elogio a su amigo fallecido, donde hay toda una dedicatoria poética, una lamentación por la pérdida:

...tan unidas marchaban nuestras almas, con cariño tan ardiente se amaron y con afección tan intensa se descubrieron hasta lo más hondo de las entrañas, que no solo conocía yo su alma como la mía, sino que mejor me hubiera fiado yo en él que en mí mismo (Montaigne, 2024, l. 28, p. 77).

Si comparo, digo, toda mi vida con los cuatro años que me fue dado disfrutar de la dulce compañía y sociedad de la Boetie, el otro tiempo de mi existencia no es más que humo y noche pesada y tenebrosa (Montaigne, 2024, l. 28, p. 86).

Por la pérdida de La Boetie, que detalla bella y cuidadosamente la carta II de Montaigne (2003) se retira a conocerse a sí mismo tanto como su amigo le conocía, a esperar la muerte, o más bien, la parte de la muerte que le resta, porque la pérdida de un amigo -dice Montaigne- es una muerte propia. Lo que queda, pues, es trabar amistad con uno mismo y ensayarse, hablando como si se hablara con la Boetie. Es así como la soledad, la muerte y la escritura se unen en Montaigne como proyecto de la amistad²:

Para finalizar quisiera referirme a esos pasajes donde Montaigne sostiene que la amistad entre dos, no se produce hacia las mujeres o con ellas. Estos pasajes, que sostienen una subordinación de la mujer en la amistad pierden de vista, desde el mismo Montaigne, su propia vivencia de amistad sincera con Marie de Gournay, a quien llama su *Filie de Alliance*, como cuando también llamó a la Boetie su hermano:

² Hasta tal punto se extiende este proyecto, que es la pérdida del amigo la que le lleva a la difusión del texto de La Boetie y a proferir una Segunda Advertencia al lector para la traducción del texto de su amigo, la cual se encuentra presente en la Carta VII de Montaigne. Comparar su advertencia a los Ensayos y a la servidumbre voluntaria, es un espejo de su memoria y la memoria de su amigo. También es importante mencionar, que esta misma actividad de difusión fue asumida luego de su muerte, por su gran amiga y poeta Marie de Gournay.

“El nombre de hermano, es en verdad hermoso, e implica un amor tierno y puro, por esta razón nos lo aplicamos La Boetie y yo. Más entre hermanos naturales la confusión de bienes, los repartimientos y el que la riqueza de uno ocasione la pobreza del otro desliga la soldadura fraternal”. (Montaigne, 2024, l. 28, p. 67).

La amistad que sostuvo con Mademoiselle de Gournay fue intensa y sincera, tanto así que en uno de sus apuros en París fue acogido por ella y liberado de la cárcel por los parientes de Marie de Gournay. Si la vida no le hubiese deparado a Montaigne un final tan próximo, en medio de su preparación de una edición corregida de los ensayos, quizá hubiera dedicado uno de sus ensayos a la poeta admirable que le acompañó, y con ello hubiese cambiado la mirada sobre la amistad.

Nos queda a nosotros pensar y escribir esa parte restante del ensayo, que se refiera a la amistad germinante en los seres humanos, desde cualquier latitud, condición, orientación de género, haciendo entender la amistad, a la sazón de Montaigne, como la más libre de las relaciones, como la más desinteresada, filosófica y perfecta, para proferir, como dice Borges (1977) en su primera obra dedicada a Francia: “No diré la amistad, diré Montaigne”.

Conclusiones

Encontramos, en primer lugar, a Montaigne como un filósofo cercano, que a través de su ensayo termina por producir, en sus lectores, un efecto de intimidad, cercanía y amistad. El punto de partida de la amistad en Montaigne germina en la complicidad que aparece en medio del pacto entre el lector y el escritor Montaigne. Esta complicidad que deviene en amistad se hace posible, porque Los Ensayos son una reconstrucción incesante de la amistad entre Montaigne y La Boetie, y en esta medida, somos las y los lectores quiénes ocupamos ese lugar de la amistad, encontrando cómo se nos dona la amistad perfecta a través de la lectura y cómo a su vez nos sentimos acogidos, consolados y en esta medida amigos de Montaigne.

Por otro lado, vemos que Montaigne encuentra una definición de la amistad, contrapuesta a una definición vulgar y ordinaria de las formas de concebir los amigos. Una amistad que conversa con la tradición filosófica clásica y que encuentra unas similitudes en los Antiguos. Su experiencia con Étienne de La Boetie, es una constatación que se va tejiendo a medida que se va desarrollando la idea de la amistad desde la tradición. Montaigne coincide en sostener la amistad como la más perfecta de las uniones, porque no está mediada por la necesidad, porque no precisa de secretos, porque no se liga a lo perecedero, porque es espiritual, espontánea y no mediada por el interés, la necesidad o la utilidad.

Finalmente, encontramos la importancia de seguir pensando la amistad desde sus diferentes orientaciones: la amistad con nosotros mismos desde la idea de la soledad, pero también, la amistad como una posibilidad de soslayar las diferencias y distancias sociales, como un espacio para el refugio, la sabiduría, como un lugar desde el cual se pensó Montaigne aun luego de la muerte del amigo y como un lugar desde el cual también se pensó Marie de Gournay, para proferir la amistad, con Montaigne y pese a Montaigne.

BIBLIOGRAFÍA

- Aristóteles. (1985) *Ética Nicomaquea-Ética Eudemia*. (Julio Palli Bonet. Trad.) Madrid: Editorial Gredos.
- Borges, J. L. (1974) *Obras completas 1923-1972*. Buenos Aires: Emecé Editores.
- Borges, J. L. (enero 9, 1977) "A Francia". Buenos Aires: *Diario La Nación*.
- Botton, A. (2013) *Las consolaciones de la filosofía*. (Pablo Hermida Lazcano. Trad) Buenos Aires: Editorial Taurus.
- Cicerón, M. T. (2002) *La amistad*. (José Guiñón Cabañero. Trad.). Editorial Trotta.
- Epicuro (1994) *Obras* (Montserrat Jufresa. Trad.). Barcelona: Ediciones Altaya.
- Foucault, M. (2010). *El coraje de la verdad. El gobierno de sí y de los otros ii*. (H. Pons. Trad.). Fondo de Cultura Económica.
- Hadot, P. (2013). *La ciudadela interior. Introducción a las Meditaciones de Marco Aurelio*. (Cucurella Miquel. Trad.). Alpha Decay.
- Hartle, A. (2003) *Michel de Montaigne. Accidental philosopher*. New York: Cambridge University Press.
- Montaigne, M. (1985) *Ensayos I*. (Maria Dolores Picazo y Almudena Montojo. Trad). Madrid: Ediciones Cátedra.
- Montaigne, M. (2003) *Ensayos de Montaigne, seguidos de todas sus cartas conocidas hasta el día*. (Constantino Román y Salamero, Trad). Alicante: Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes. <http://www.cervantesvirtual.com/nd/ark:/59851/bmcqz259>
- Montaigne, M. (2007) *Los Ensayos*. (J. Bayod Brau, Trad) Barcelona: Acantilado.
- Montaigne, M. (2024) *Ensayos escogidos*. (Constantino Román Salamero. Trad.). Medellín: Editorial Universidad de Antioquia.
- Picazo, M. (1993). "Los Essais: Un discurso más allá del sistema y la autobiografía". *Revista de Filología Francesa*.
- Platón (1985) *Diálogos I. Apología, Critón, Eutifrón, Ion, Lisis, Cármides, Hippias Menor, Hippias Mayor, Laques, Protágoras*. (Emilio Lledó Iñigo. Trad.). Madrid: Editorial Gredos.
- Platón. (1988) *Diálogos III. Fedón, Banquete, Fedro*. (Carlos García Gual, M. Martínez Hernández, Lledó Iñigo. Trad.) Madrid: Editorial Gredos.
- Plutarco. (1992) *Obras morales y de costumbres (Moralia I)*. (Concepción Morales Ojal y José García López) Madrid: Editorial Gredos.
- Reyes, A. (1955) *Las nuevas artes. Obras completas de Alfonso Reyes IX*. México: Fondo de cultura económica.
- Seneca, L. A (1986). *Epístolas morales a Lucilio I*. (Ismael Roca Meliá, Trad.) Madrid: Editorial Gredos.
- Sponville, A. C. (2009) *Montaigne y la filosofía*. (Rosa y Marta Bertran, Trad) Barcelona: Ediciones Paidós.
- Vélez, J.A. (2013) *Satura Ensayos*. Medellín: Editorial Universidad de Antioquia.

Weinberg, L. (2014) "Ensayo y Humanismo". *Revista Co-herencia*. 10 (20), Medellín.

Zweig, S. (2008). *Montaigne*. (J. Foncuberta. Trad), Barcelona: Acantilado.